

REPERCUSIONES DEL USO DEL ESPACIO EN LAS RELACIONES ENTRE ESPAÑOLES E INMIGRANTES EXTRANJEROS

Pablo Pumares Fernández

Universidad de Almería

RESUMEN

Las relaciones interétnicas mejoran el entendimiento y la imagen mutua y la convivencia entre las diferentes comunidades. En este sentido, el espacio y el uso que se hace de él, contribuye a desencadenar los procesos sociales que se producen en torno a la inmigración.

Palabras clave: Relaciones interétnicas, espacio, procesos sociales.

ABSTRACT

The interethnic relations improve the understanding, the mutual image and the fellowship among different people. In this respect, the space and its use contribute to cause the social processes generated about the immigration.

Key words: Interethnic relations, space, social processes.

El presente artículo lleva dos hilos conductores de diferente naturaleza. El primero gira en torno al papel que juega el espacio y el uso que se hace de él en los procesos sociales que se producen en torno a la inmigración. El espacio no se concibe como un mero indicador de estos procesos, sino que en muchos casos pasa a convertirse en un factor que contribuye a desencadenarlos o a alimentarlos. Se pretende sobre todo resaltar algunos aspectos poco reconocidos que abran vías de profundización, así como provocar un debate acerca del papel del espacio.

El segundo consiste en la filosofía que subyace a lo largo de todo el texto: las relaciones interétnicas mejoran el entendimiento, la imagen mutua y la convivencia entre las diferentes

comunidades. Se trata de una opción o de una apuesta, sin duda alguna discutible y llena de matices sutiles, pero que aquí se va a tomar como punto de partida. En este sentido, y enlazando con lo anterior, el espacio debe tenerse en cuenta desde una vertiente aplicada, puesto que si es un elemento activo que afecta a las relaciones sociales, es susceptible de ser utilizado para fomentar y favorecer las relaciones entre los distintos grupos étnicos... o para todo lo contrario.

1. EL PAPEL DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Durante los últimos años España se ha convertido en un país de inmigración. La mayoría de los inmigrantes permanecerán en España durante un período prolongado y esto obliga a plantearse cómo queremos que estén. Una vez que acepta este postulado, hacia 1990-91, el gobierno español ha dado un giro considerable en su política de inmigración, orientándola cada vez más a facilitar la permanencia de los inmigrantes en situación legal y a una progresiva ampliación de sus derechos. El tema central ha pasado a ser la incorporación de estos inmigrantes a la sociedad española y términos como el de integración e interculturalidad son utilizados con frecuencia para calificar los objetivos de algunos de los planes que se están poniendo en marcha.

Parece evidente que en este contexto, en tanto que uno de los agentes implicados, la sociedad española desempeña un papel esencial, el cual en buena medida está condicionado por las actitudes hacia los inmigrantes y por la imagen que se tiene de ellos. La actitud de la sociedad española no se encuentra en líneas generales demasiado definida. Por un lado, los informes de SOS Racismo muestran un mantenimiento de los ataques racistas violentos, los inmigrantes no dejan de comentar casos de discriminación cotidiana, especialmente en lo que se refiere al acceso a determinados locales públicos. Por otro lado, las encuestas nos sitúan como el país comunitario menos racista (Eurobarómetro) y sólo revelan una pequeña parte de la población con actitud manifiestamente contraria a los inmigrantes, con una mayoría que se define mucho menos, pero en la que se observa una notable prevención hacia los inmigrantes en general y hacia los marroquíes en particular. Finalmente cabe destacar la fuerza que están adquiriendo los movimientos de solidaridad y el consecuente papel que en España están desempeñando las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) en el apoyo al inmigrante a nivel institucional (de sus derechos) y a nivel de ayuda concreta (información, clases...).

Teniendo en cuenta esta cierta diversidad, en general se puede decir que la sociedad se muestra proclive a compartir con los inmigrantes aquellos servicios sociales que están garantizados para todos los españoles, como la sanidad o la educación de los niños (CIRES, 1993), pero también que esa proclividad disminuye a medida que el bien en cuestión es más escaso y puede considerarse al inmigrante como un competidor por ese bien. Es el caso de la vivienda y de todo lo relacionado con el trabajo (en este caso la percepción del subsidio de desempleo). Pero a una escala local, en las zonas donde se alcanza determinada concentración, que es donde realmente puede darse esa competencia, estas actitudes se acentúan. Esto es lo que ocurre en el barrio de Peñagrande en Madrid en relación a un servicio especialmente escaso como es el de guardería: al aplicar el baremo habitual, la mayoría de los inmigrantes quedan por delante de los vecinos españoles (lo cual significa en realidad que su nivel de pobreza o de necesidad es mayor), y las quejas de éstos se multiplican porque quedan prácticamente descartados.

Las actitudes de una población hacia la inmigración se ven en buena medida influidas por la imagen que se tiene del extranjero. Es difícil que la imagen del extranjero procedente de países menos desarrollados sea buena. Dicha imagen es, en general, muy vaga y más cuando se trata de países de otros ámbitos culturales. Esta imagen difusa y esta escasez de contacto deja el terreno abonado para que predominen los estereotipos construidos sobre los posos que ha dejado la Historia y por la enseñanza que se imparte de ésta, y sobre lo que reflejan los medios de comunicación acerca de sus países de origen (el espacio, aparte de las relaciones favorecidas por la proximidad geográfica quedaría en principio en segundo plano). Dado que vienen de países que están en peor situación que España se les asocia a una idea de atraso y pobreza (una de las imágenes constantes en los medios de comunicación) y de esto parece derivar una cierta superioridad sobre ellos, pero al mismo tiempo un miedo ante el temor de una «invasión» originada por el deseo de escapar de esa situación de pobreza (PUMARES y BARROSO, 1993).

En el caso de los marroquíes hay que tener en cuenta la larga tradición de relaciones, con frecuencia conflictivas, entre España y Marruecos, cargadas de rivalidad y de tensiones territoriales, que hoy en día se mantienen a pesar de ser los mejores socios comerciales. Como musulmanes además, también se ven afectados por la carga negativa asociada al fundamentalismo islámico en los países occidentales. Todo ello contribuye a que los marroquíes sean los inmigrantes peor considerados en España (CIRES, 1993) y a que sean percibidos negativamente incluso en comunidades autónomas que apenas reciben inmigrantes, como Cantabria y Castilla-León (Encuesta del CIS, 1993, citada en el Atlas de la Inmigración Magrebí, p. 225).

Una vez en el país de destino es difícil que la imagen mejore. En buena medida quienes pasan a forjar esa imagen son los medios de comunicación de masas y ya se sabe el sesgo que tienen estos medios hacia presentar los hechos más luctuosos que son los que por lo general se convierten en noticia. A pesar del intento de una parte de la prensa por no deteriorar la imagen del inmigrante, lo cierto es que las principales asociaciones que se establecen son con la pobreza (tanto los reportajes sobre chabolas, como en las historias de vida que inciden en las causas de la migración y en la situación en que viven), con las pateras (que cada vez se relacionan más con el tráfico de drogas como forma de pago), y con conflictos de diverso tipo (delincuencia, agresiones a inmigrantes, manifestaciones...).

Por otro lado, el establecer contacto con los inmigrantes podría resultar desmitificador, pero la cuestión es que ese contacto en realidad no se llega a producir o si se produce es de manera tan superficial que contribuye más a mantener los estereotipos que a cambiarlos. A una escala más local el espacio debería desempeñar un papel más activo y favorecer la relación entre los grupos sociales que utilizan el mismo espacio. Sin embargo, el problema reside en que los espacios de los inmigrantes y de la sociedad receptora se cruzan, pero apenas se tocan. Cuando se produce el contacto, este suele ser de tipo visual, y lo que se ve son inmigrantes vendiendo en el metro o en mercadillos (esta última probablemente una de las imágenes que despierta mayor simpatía), grupos de inmigrantes en alguna plaza o calle céntrica, parsimoniosos como si el tiempo no existiera para ellos, una masa de marroquíes desaliñados que aguardan la suerte de que esa mañana los elijan para trabajar en un invernadero o un chalé, una mujer que espera el autobús, con la cabeza enfundada en el pañuelo y chilaba hasta los pies.

Habría que hacer un estudio más específico sobre lo que sugieren las imágenes de

inmigrantes con que nos encontramos en la calle, pero se podría avanzar que, a pesar de su cotidianidad no nos acercan, sino que parecen mantener la distancia: una profesión con muchos ribetes de irregularidad, que cada vez practican menos españoles (en general, casi por definición, los trabajos que desempeñan no suelen conllevar mucho prestigio social, sino más bien todo lo contrario), unos hábitos cada vez menos extendidos, pero practicados por grupos de inmigrantes lo que parece sugerir que sólo quieren relacionarse entre ellos (alimentando el mito del «no quieren integrarse»), grupos que en determinadas circunstancias (hora, lugar) producen miedo, y que tienen una forma de vestir diferente, que en el caso de la mujer se interpreta como una muestra de machismo y de opresión.

Los ámbitos más susceptibles de que se llegue a producir relación inmigrantes-españoles son el trabajo, el vecindario y la escuela, puesto que en cierto modo fuerzan un contacto diario que debería desembocar en algún tipo de relación. Indudablemente, para que efectivamente llegue a producirse dicha relación el tiempo juega un papel decisivo, y en este sentido hay que señalar que la inmigración en España es un fenómeno reciente y en consecuencia ni ha habido demasiado tiempo ni, por sus dimensiones, ha habido la posibilidad de que la mayor parte de la sociedad española haya tenido un vecino o un compañero de trabajo marroquí, ni niños inmigrantes en el colegio de sus hijos. Sin embargo se pueden destacar algunas observaciones de estos tres ámbitos y establecer los factores que más afectan a la relación en cada uno de ellos:

2. PRECARIEDAD, PROFESIONES DE INMIGRANTES Y ENDOGAMIA

A finales de los años sesenta el trabajo se había convertido (a pesar de la segregación laboral existente) en un notable factor de integración, tanto por la estabilidad que proporcionaba, como por fomentar vías de participación social para los inmigrantes a través de las centrales sindicales (particularmente en Francia). Sin embargo, en la situación actual, el ámbito laboral presenta numerosas dificultades en este sentido. Como indica Abad (1993, p. 50) citando a Marshall, «en mercados de destino con excedente de mano de obra, la inmigración... tiende a concentrarse en los sectores de mayor fluctuación y a generar circuitos marginales», lo que favorece que las relaciones sean más endogámicas que si estuvieran integrados en actividades centrales porque desarrollan actividades subordinadas, que gozan de escaso prestigio social y en las que no suelen tener compañeros españoles. Esta es la situación de España y los inmigrantes tienden a concentrarse en nichos laborales y espaciales muy concretos.

El trabajo constituye el primer factor de localización de los inmigrantes a escala nacional. Los inmigrantes acuden a las regiones donde hay trabajos «para ellos», acoplándose en los huecos que les habilita la estructura económica regional (PUMARES, 1993). Mientras que los trabajadores de los países desarrollados están ligados principalmente a las empresas transnacionales, a la enseñanza del inglés y a las inversiones en actividades turísticas, lo que supone una tendencia marcada a ubicarse en las grandes ciudades y en la costa mediterránea, en el caso de los inmigrantes de países menos desarrollados son fundamentalmente: trabajadores de los servicios (servicio doméstico, reparto y hostelería), obreros de la construcción, vendedores ambulantes y peones agrarios. Las tres primeras profesiones conllevan una localización centrada en las grandes ciudades y en los núcleos turísticos, es decir igual que los de los países desarrollados, pero en circuitos diferentes. La última en cambio los ha

esparcido por buena parte de la Península a la búsqueda de todos los trabajos intensivos en mano de obra que los autóctonos no están interesados en hacer y que no suponen lo suficiente para atraer a españoles de otros lugares. En este caso, sin embargo, una observación relevante es que se trata prácticamente en exclusiva de trabajadores africanos (marroquíes, argelinos, gambianos, guineanos y senegaleses), como si fuera el sector más duro, al que sólo acceden algunos grupos de inmigrantes.

En consecuencia la mayoría de los compañeros de trabajo son también inmigrantes, probablemente de la misma región, con lo que no hay contacto interétnico si exceptuamos el que se produce con el empleador. Contacto que no debe ser desdeñado, pues puede entrañar unas relaciones de enseñanza de costumbres e idioma que pueden ser muy útiles para el desenvolvimiento del trabajador extranjero. Particularmente se observan en el servicio doméstico al tratarse con frecuencia de un único trabajador que además convive con la familia española.

Por otro lado, hay que considerar la continuidad en el puesto de trabajo. Para que se produzca la relación requerirá de un contacto prolongado. Dado que el circuito en el que se mueven la mayoría de los inmigrantes se caracteriza precisamente por su precariedad e inestabilidad, de modo que permanecen en los trabajos poco tiempo y que incluso están sujetos a frecuentes desplazamientos geográficos siguiendo trabajos de temporada, se puede decir que la situación desde este punto de vista no es nada favorable. Cuando coinciden las circunstancias de tener continuidad en el trabajo y con compañeros autóctonos mejora el conocimiento de la lengua y de la cultura del lugar de destino y pueden darse relaciones de amistad que mejoran la percepción del inmigrante, pero en las circunstancias actuales, que no parece que vayan a mejorar a corto plazo, estos casos se pueden considerar excepcionales.

La escuela es un centro de relación. La escuela debería reunir las condiciones ideales para ser el espacio integrador por antonomasia: niños de diferentes culturas que acuden a una clase, que juegan en el recreo, que aprenden juntos... y que van a constituir la sociedad del mañana. La escuela aún educación, aprendizaje y relación y en ella se forman las generaciones futuras, por lo que se convierte en el punto más rentable de intervención. Sin embargo la escuela no está aislada del entorno social, el cual se proyecta sobre ella. Los estereotipos de los padres son trasladados rápidamente a los hijos, lo que les hace afrontar con prejuicios la relación con los niños de las otras culturas, y también los padres inmigrantes manifiestan su temor de que sus hijos vayan a perder sus costumbres. Los mismos prejuicios afectan a los maestros, a lo que se añade su falta de experiencia para enseñar e integrar en la dinámica escolar a los alumnos extranjeros. También hay que considerar que en ocasiones los maestros pueden percibir una presión excesiva derivada de la obligación de tener que tratar con niños inmigrantes y tener que lograr que rindan adecuadamente, conseguir enseñarles nuestras costumbres y aprender las de ellos, y entrar en la casi esquizofrenia de enseñarles nuestros valores, pero que al mismo tiempo mantengan los suyos.

Por otra parte, la falta de horizonte de los padres inmigrantes, su escaso nivel de estudios y de recursos, unido a los problemas de conocimiento del idioma por parte de los niños puede convertirse en un filtro que condicione severamente el futuro y las posibilidades de promoción social de éstos. Pero, a pesar de todo, en la escuela es donde hasta el momento se están cosechando los mayores éxitos en lo que se refiere a relación interétnica y, si se pretende efectivamente avanzar en la línea de la interculturalidad, la escuela tiene la respon-

sabilidad de ser el ámbito más propicio para potenciar una verdadera integración sobre todo de cara al futuro. Este es uno de los aspectos sobre los que la sociedad tiene que decidir, porque si efectivamente hay voluntad se puede llevar a cabo. Los pilares sobre los que debe asentarse serían:

— La base de la educación intercultural no consiste ni más ni menos que en cultivar el respeto a otras culturas (y en general a todas las personas) y la buena disposición a relacionarse con gente de cualquier parte. Lo mejor para desmitificar la tarea es no centrarse en el «problema» de los niños inmigrantes (aunque éstos puedan ser el detonante que invite al cambio), sino que debe llevar a un cambio de planteamiento general, hacia un tipo de enseñanza más universalista. No se trata de aprender las costumbres de todos los inmigrantes, pero sí adoptar unas modelos que nos faciliten el trato con personas de otras culturas, y a partir de ese trato vendrá todo lo demás.

— Desde el punto de vista de los contenidos hace falta replantearse la forma en que se enseña y lo que se enseña, sobre todo en lo que se refiere a la imagen que se transmite de los países menos desarrollados y el nacionalismo que impregna la Historia que se ve en la escuela. Se están elaborando ya los primeros materiales educativos con estos fines, los cuales constituirán un apoyo fundamental para el maestro.

— Por otra parte, si las escuelas con niños inmigrantes deben convertirse en espacios para la relación y para la educación intercultural, habrá que llenarlas de contenido en este sentido. No puede reducirse la clase a impartir conocimientos, sino que la relación con personas de otras culturas debe considerarse un valor educativo relevante. Debe buscarse para ello la implicación de los padres de unos y otros de una manera progresiva y sin urgencias, pues se trata de un trabajo a largo plazo. Esto implica a su vez la necesidad de más personal de apoyo en los colegios.

— Esta consideración de la escuela destierra los modelos segregacionistas que abogan por la concentración de niños inmigrantes en colegios aparte (compartidos si acaso con otras minorías étnicas como gitanos), con el pretexto de tener dificultades especiales para su incorporación a la escuela. En realidad, la principal es el idioma y la mejor forma de aprenderlo (en el caso de los más pequeños) es en contacto habitual con compañeros españoles. Pueden ser muy convenientes clases de apoyo (incluso en su propio idioma) para los que llegan con más edad, pero es fundamental que sea en un centro escolar normal y que se potencie la relación con los niños autóctonos.

— Resulta esencial asumir que los inmigrantes forman parte de la sociedad y que por tanto es bueno y deseable que tengan una buena formación que les permita prosperar y encontrar trabajos cada vez mejores.

— Finalmente, la cuestión de los valores en una escuela multicultural es quizá uno de los aspectos más delicados y difíciles. En una escuela plural los valores deben ser puestos en común y ser objeto de discusión, pero no de imposición, es decir, los de ninguna cultura deben aparecer como valores absolutos.

3. SEGREGACIÓN RESIDENCIAL Y RELACIONES VECINALES

Las pautas residenciales es un aspecto de considerable trascendencia pues influyen decisivamente sobre las relaciones sociales de los inmigrantes y de sus hijos, sobre las condiciones de vida e incluso sobre la imagen que transmiten a la sociedad receptora.

Una de las pautas habituales de los inmigrantes es la de concentrarse en determinados barrios y lugares. En general parece cumplirse que la segregación es más acusada cuanto mayores sean las diferencias culturales o de tonalidad de la piel entre el grupo étnico y la sociedad mayoritaria (HERBERT y THOMAS, 1981). La segregación aparece favorecida desde ambos grupos sociales: la discriminación de uno y la autodefensa de otro. Algunos geógrafos norteamericanos destacan igualmente el papel de la segregación espacial de grupos minoritarios (KNOX, 1987) como una forma de que dichos grupos minoritarios en el conjunto de la sociedad puedan ser mayoritarios dentro de un entorno local, lo que les permitiría mantener sus costumbres y reforzar su cohesión como grupo, rasgo que afectaría de manera decisiva a su capacidad para ejercer presión en el conjunto de la sociedad en que son minoritarios y obtener de esta manera avances sociales que de otro modo se les negaría por su escaso peso político. Incluso podría favorecer una cierta movilidad social que se produciría dentro de la propia comunidad con más facilidad que en el conjunto de la sociedad.

Dada su relativa vigencia en países con mucha mayor tradición de inmigración, resulta conveniente una discusión más profunda sobre estos modelos, que aquí sólo se pretende iniciar. Este modelo segregacionista tiene un punto de partida pesimista (lo que no quiere decir que no sea la que se acerque más a la realidad) que es la imposibilidad de que los inmigrantes y sus descendientes vayan a dejar de ser discriminados por su origen y costumbres. Frente a ello la postura lógica es intentar dotarles de medios para que se puedan defender por sí mismos. El resultado se podría definir como el reino de la multiculturalidad: una diversidad de comunidades con fuertes sentimientos identitarios, que pueden mantener y crear unas pautas culturales propias, pero que en buena medida viven de espaldas unas a otras, con escasos puntos de contacto y donde las relaciones se producen casi de forma exclusiva entre miembros de la minoría. El espacio se convierte en un instrumento primordial en este modelo estimulando las relaciones intragrupalas y limitando la necesidad de contactos con la sociedad mayoritaria.

La alternativa propuesta parte de premisas más optimistas, pero quizá más difíciles de que se hagan realidad: es posible convencer a la sociedad para que se admita y se respete la existencia de grupos con culturas diferentes a la mayoritaria, y al mismo tiempo abrir las mentalidades hacia el contacto intercultural, de modo que haya una mayor predisposición a que ese contacto, cuando se produzca, dé lugar a lazos más sólidos. Esta alternativa implica la necesidad de establecer espacios de relación y que éstos efectivamente funcionen como tal, para lo cual será necesario dotarlos de valor añadido, es decir, enfocarlos en esa dirección. Se acaba de comentar que precisamente, a pesar de no haber una segregación marcada con respecto a los inmigrantes en España, sin embargo los espacios son en buena medida disjuntos, se cruzan sin apenas tocarse. Esta dinámica habría que cambiarla con objeto de aumentar el número y la intensidad de las intersecciones. En algunos ámbitos será más difícil que en otros, pero se debería avanzar en todos ellos. En concreto, la escuela es el que ofrece mayores posibilidades y al mismo tiempo tiene un enorme potencial a medio plazo cuando los niños llegan a ser adultos.

Por otro lado, aunque esta opción parece más idealista, no por ello resulta menos problemática. Lo que sí ocurre es que los conflictos surgen de la propia relación en marcos de valores de referencia diferentes y se dan sobre todo a un nivel interpersonal, más que grupal, aunque su reiteración puede llegar a crear imágenes de grupo y problemas de

carácter internacional, como el que se establece en Francia por la custodia de los hijos de matrimonios mixtos entre varones magrebíes y mujeres francesas (MOULAY RACHID, 1994). Son quizá los problemas más difíciles de resolver, los que implican a personas que tienen una relación y que se adscriben a sistemas de valores diferentes y que resultan incompatibles en algunos aspectos.

La forma más severa de segregación es el gueto. Aunque no ha habido todavía ningún estudio serio al respecto, los comentarios que se escuchan en España habitualmente indican que la percepción del gueto es enormemente negativa. Sin embargo, Carlos Giménez (1994), siguiendo el monográfico *The ghetto underclass* (1989), señalaba que determinados guetos pueden tener efectos positivos. No obstante, Kasarda (1989) previene contra los guetos de marginación («underclass») en los que la minoría étnica queda totalmente aparte de la economía formal y en los que la marginación se retroalimenta. En España el modelo segregacionista se antoja muy difícil aplicar, primero por el rechazo social que parece despertar la segregación (aunque la práctica pueda llevar a que se produzca en cierta medida), potenciado en parte por el desconocimiento de ejemplos positivos, y segundo porque tampoco parece encajar muy bien la idea de facilitar hasta ese extremo que las minorías étnicas alcancen cohesión y fuerza política.

En las ciudades españolas la segregación no es muy acentuada salvo cuando se trata de poblados de chabolas. En la Comunidad de Madrid, las pautas de asentamiento vienen condicionadas por tres factores: la proximidad al lugar de trabajo, la proximidad a otros inmigrantes conocidos y el precio de la vivienda (GIMÉNEZ y PUMARES, 1992). El segundo factor, el factor étnico se puede seguir con cierto detalle en el caso de los marroquíes a través de la explotación de la variable municipio de nacimiento de los inmigrantes de esta nacionalidad que participaron en el proceso de regularización de 1991 por el equipo de Bernabé López (LÓPEZ et al., 1996). En ellos se observa a escala provincial e incluso municipal, para el caso de la Comunidad de Madrid (PUMARES, 1996, sobre la misma fuente), la tendencia a agruparse según la provincia de origen. Ese factor refleja la importancia de las redes sociales y refuerza la cohesión del grupo al permitir un entorno a escala local más conocido y en el que es más fácil mantener las costumbres originarias.

También se puede hablar de fases según el tiempo/grado de asentamiento, en las que predominan uno u otro factor. En un principio las condiciones del alojamiento son secundarias y se opta por chabolas o pensiones muy baratas donde comparten habitación entre varios, o por la habitación o la caseta que les cede el empleador, o incluso por vivir con algún familiar, lo que ha originado una tendencia a situarse en el centro más deteriorado de la ciudad o en espacios intersticiales de áreas residenciales de la periferia norte y de la corona metropolitana oeste¹. En una segunda fase, a medida que el inmigrante se asienta y el proyecto migratorio se prolonga, se busca una vivienda con unas mínimas condiciones y con un precio asequible, de modo que éste se convierte en el principal factor, lo que está motivando un basculamiento progresivo hacia los municipios industriales de la corona metropolitana sur. Desde este punto de vista cabría considerar las chabolas e infraviviendas

1 Los datos del Censo de Población de 1991, revelan las malas condiciones residenciales de los marroquíes en la Comunidad de Madrid: un 19'3% de los hogares carecía de retrete, un 23% no tenía ningún aparato calefactor y en un 36'7% de ellos presentaban una ratio de más de dos personas por habitación.

de los inmigrantes marroquíes como un signo de falta de asentamiento o de temporalidad en el proyecto migratorio que podría solucionarse con tiempo. Sin embargo, a medida que los que prosperan pueden ir saliendo de la chabola, entre los que se quedan predomina cada vez más la marginalidad, la cual a su vez hace que sea progresivamente salir del poblado.

Las difíciles condiciones y el todavía relativo corto tiempo que llevan la mayoría de los inmigrantes en España podría justificar en parte el elevado porcentaje de ellos que vive en infravivienda. Entre los marroquíes esto ocurre con mayor frecuencia y quizá lo más preocupante es la formación de poblados de chabolas habitadas por marroquíes y no tanto por las condiciones de las chabolas (en muchos aspectos sus condiciones se pueden considerar notablemente mejores que las de muchas pensiones), sino por lo que conlleva de constitución de un espacio marginal y aislado, y que además cuenta con mucha peor imagen entre los españoles, porque una vez más es mucho más visible, es mucho más territorial, es un espacio claramente delimitado al que no acercarse, es un espacio del miedo, una «no-go area». Podría constituir rápidamente un gueto y, por supuesto, se trataría de un gueto de marginación. En realidad, probablemente es esta la imagen del gueto que existe entre los españoles y de ahí el rechazo que inspira.

Esto repercute evidentemente sobre las relaciones sociales con el vecindario, que casi de partida se sitúan en el nivel del enfrentamiento, porque la presencia de ese espacio marginal afecta a la imagen del barrio, al precio de los pisos, al sentimiento de inseguridad, a la salubridad general y, en resumen a la vida cotidiana del barrio. Sobre estas bases es prácticamente construir una relación de buena vecindad y es muy difícil hablar de interculturalidad. Para los niños inmigrantes el poblado constituye una frontera que no cruzaran sus compañeros españoles y un riesgo de entrar en contacto con compañías nada deseables.

No obstante sigue quedando en el aire la pregunta de por qué precisamente son los marroquíes los inmigrantes que casi exclusivamente (junto con los gitanos portugueses) viven en chabolas. De los factores que pueden barajarse ninguno es exclusivo de los inmigrantes marroquíes: precariedad, escasos ingresos, falta de recursos iniciales, deseo de ahorrar lo más rápido posible, malas condiciones de vivienda en origen (lo que les haría soportar mejor las de aquí), mayor capacidad de adaptación, mayor importancia dada a la proximidad al trabajo... Buena parte de los que viven en chabola en Madrid manifiestan que les daría vergüenza vivir así en Marruecos. No es que aquí no les importe, pero en la emigración el contexto se transforma: muchos inmigrantes viven en chabolas y no hay amigos ni vecinos (salvo los que están en la misma situación) ante los que avergonzarse, todos envueltos en un mismo pacto de silencio en el que todos saben cómo están, pero ninguno lo dice en Marruecos. A algunos, cuando se encuentran de bruces con esta realidad se les cae el alma a los pies: «¿y esto es España?, ¿así viven los marroquíes en España?», decía Ali Halim mientras el mito de El Dorado de la emigración se tambaleaba brutalmente bajo sus pies, allí donde divisó el Poblado de Manuel Garrido por primera vez. Sin embargo atrás no queda ninguna oportunidad² y en la emigración sigue viva la esperanza. En el

2 Varios investigadores se han afanado buscando la rentabilidad de la migración en función de lo que consiguen ganar los inmigrantes y, sobre todo cuando se piensa en patrones españoles, no salen las cuentas. La mayoría ha reflejado, con razón, la importancia que tiene considerar lo que significa el ahorro en pesetas en relación a lo que la familia puede comprar con él en Marruecos, sobre todo en los primeros momentos, cuando el inmigrante

momento de la llegada los recursos son mínimos y el objetivo primordial es ahorrar, de modo que la chabola parece tornarse en algo razonable, en una residencia provisional en un lugar sin ataduras, siempre dispuesto a partir si surge una opción mejor. En un primer momento uno de estos poblados puede tener una composición social y regional bastante variada como fue el caso del de Manuel Garrido en Madrid, donde había familias con niños, mujeres solas, hombres solos... y procedentes de muy diversos puntos de Marruecos, prácticamente todos trabajando o buscando desesperadamente trabajo.

Con el tiempo se observa que no es tan fácil conseguir unas condiciones que permitan una mínima estabilidad y salir de la chabola con garantías. Poco a poco parece que uno se hace a la idea de vivir en la chabola. Las relaciones sociales, forzadas en buena medida por el patio común del Poblado y por las necesidades, tanto económicas o laborales, como simplemente de comunicación se abren paso entre la desconfianza. Se crea una vecindad, que en ocasiones llega a ser buena y cooperativa, pero sin que falten tampoco los celos, derivados del contraste entre las diferentes costumbres, la situación de penuria y de la constante llegada de nuevos individuos a los que llevará su tiempo llegar a conocer mínimamente. Los que pueden van saliendo del poblado, en ocasiones ayudados por programas sociales, y eso produce una selección natural que hace que los que se quedan sean precisamente los que estén en una situación con peores visos de solución y los que están menos interesados en salir, con lo que en cualquiera de los dos casos el ambiente tiende a deteriorarse, dado que los más desesperados son más susceptibles de caer en las alternativas marginales que ven en algunos de sus vecinos, y cada vez resulta más difícil salir. La concentración de chabolas favorece la entrada en un círculo de marginación progresiva.

Otra pauta interesante es la que se empieza a observar en las áreas rurales con fuerte inmigración africana. El estar en entornos con menos habitantes podría facilitar el acceso a vivienda (más barata) y la relación vecinal, pero al mismo tiempo la llegada en corto espacio de tiempo de un grupo nutrido de inmigrantes supone un cambio radical en la fisonomía habitual de los pueblos que no es fácil de asimilar por sus habitantes³. El resultado es que con frecuencia (como ocurre en Almería y Murcia) viven alejados de los núcleos de población, en cortijos dispersos o casas rurales situadas en las explotaciones en las que trabajan. Se trata de casas que los dueños han abandonado progresivamente, a medida que la generalización del vehículo privado ha hecho innecesario permanecer al pie de la explotación, para ir a instalarse al casco urbano donde disfrutar de un mayor número de servicios. De este modo los inmigrantes encuentran un alojamiento barato (aunque no siempre esté en buenas condiciones) y los patrones consiguen una presencia permanente en la propiedad que vele

nantiene la familia en su país y todavía piensa en dirhams. CHECA (1995, p. 123) interpreta que el factor esencial para encontrar esa rentabilidad lo constituye el hecho de la emigración supone una esperanza de mejorar los ingresos familiares que puede compensar el riesgo y el desasosiego que lleva consigo. Yo sin embargo reforzaría este argumento incidiendo en su vertiente negativa: el que asume el riesgo de emigrar lo hace convencido de que en su país no hay un horizonte, de que no deja ninguna oportunidad que le permita sacar adelante a una familia y por ello no regresan aunque pierdan el trabajo o los papeles. Sólo ello explica los resultados de las encuestas realizadas por CHECA, en las que a pesar de que un 70% de los inmigrantes entrevistados manifiestan que no les ha ido bien, prácticamente ninguno se arrepiente de haber tomado la decisión de emigrar (9%).

3 El Atlas de la inmigración magrebí en España (1996) dirigido por Bernabé López muestra, como cabía de esperar que las tasas más altas de la relación inmigrante marroquí/población municipal se dan en estos municipios rurales de escasa población y en los que hay muchos productos de huerta.

por ella. Sin embargo, otra consecuencia es que viven fuera del pueblo lo que impide la aparición de una relación vecinal con los autóctonos. Se produce en estos casos segregación, pero además fragmentación de la población inmigrante en pequeños grupos esparcidos por los cortijos de todo el municipio.

Para terminar habría que señalar que en este apartado se ha incidido sobre todo en los aspectos más problemáticos con respecto a las relaciones vecinales para destacar que van muy ligados a la formación de enclaves marginales muy territorializados. Lo justo sería desarrollar por igual lo que ocurre en el resto de los casos, pero alargaría en exceso el artículo. Reseñar que, en general, introduciendo también matices en relación al grado de concentración en el barrio, la característica principal es la ausencia de estos conflictos, en especial cuando se trata de familias, no siendo raro que en estos casos aparezcan relaciones de vecindad e incluso amistad. La aparición de fricciones puede reducirse a casos concretos cuando hay grupos de inmigrantes dedicados a la delincuencia (puntos del centro de Madrid o de Barcelona) o la prostitución, aunque también pueden tener su origen en aspectos más pedestres como puede ser la concentración de los inmigrantes en determinados espacios, pero ese es el tema del siguiente epígrafe.

4. EL USO DEL ESPACIO COTIDIANO

El uso del espacio que hace una comunidad refleja una estructura social y una determinada manera de ver la vida. Desde este punto de vista, el uso del espacio puede ser un privilegiado indicador tanto de una mentalidad, como de los cambios que se operan en ésta. Sin embargo, una vez más, siguiendo en línea de este artículo se intentará reflejar a través de dos aspectos el papel que juega el uso del espacio, no como mero indicador, sino como factor que influye y afecta a las relaciones sociales de los inmigrantes.

a) El uso de la calle

Una de las características de las sociedades que habitan en climas cálidos, incluido el mediterráneo, es la tendencia a hacer buena parte de la vida cotidiana en la calle. Los marroquíes y los dominicanos participan de este hábito, el cual no se suprime de repente por el hecho de estar en otro país, quizá más frío, y en un contexto diferente. El viajero europeo se sorprende en Marruecos cuando ve tanta gente sentada en los cafés o en los bancos de plazas y parques bebiendo tranquilamente un vaso de té o café, un hecho que conduce inevitablemente a reflexionar sobre la diferente percepción del tiempo en las distintas culturas. Desgraciadamente no es sólo un aspecto cultural sino que en buena medida se ve favorecido por la cantidad de hombres «ociosos» existentes, «liberados» de la posibilidad de trabajar por la situación del mercado laboral, y de las tareas domésticas por el mantenimiento de la distribución sexual de dichas tareas.

Este es otro aspecto a destacar, en el caso de los países musulmanes ese volcarse sobre la calle queda restringido a los hombres, mientras que las mujeres tienen asignados los espacios interiores, la casa fundamentalmente. En la emigración, las mujeres que han partido con su propio proyecto migratorio (localmente importantes en los casos de Madrid y Málaga), se encuentran precisamente con la ausencia de ese espacio propio, ya que con frecuencia trabajan como empleadas domésticas internas. La necesidad de una mínima independencia y

la necesidad de un espacio de relación se conjugan para que la mujer inmigrante busque espacios alternativos. Esta es la razón de la sorprendente presencia de mujeres solas que vivían en chabolas en grupos de dos o tres en el Poblado de Manuel Garrido: precisamente para tener un espacio de relación propio fuera de la casa de sus empleadores. Si se hubiera tratado de hombres no se habría dado esta circunstancia pues no habrían tenido mayor problema en pasar sus horas libres en un bar o una plaza, pero en esos lugares las mujeres marroquíes no se sentían a gusto, porque no era el espacio que les correspondía, el espacio en el que estaban acostumbradas a estar.

No cabe duda de que esta es una clave del éxito de la asistencia de mujeres a los centros de apoyo a los inmigrantes, a las Mezquitas e incluso a las asociaciones de inmigrantes, que se convierten de esta manera en centros de relaciones sociales en un ámbito, interior, en el que se sienten a gusto. Las mujeres persisten en su asistencia más que los hombres y además son más *proclives a la participación en las actividades propuestas*. En buena medida las mujeres están condicionadas a las actividades que pueden desarrollar en espacios interiores, mientras que los hombres tienen un abanico más amplio donde elegir y además están más acostumbrados a estar fuera. Las mujeres dominicanas, sin esos constreñimientos se reúnen sin timidez en la plaza de Aravaca, algo que no se verá hacer (a medio plazo al menos) a las mujeres marroquíes.

La cuestión es que los inmigrantes tienden a seguir utilizando el espacio como en sus lugares de origen, lo que lleva a los de determinados países a hacer un uso intenso de la calle en sus ratos libres, y más cuando la vivienda no reúne condiciones adecuadas o resulta complicado encontrar bares que admitan inmigrantes (sobre todo en grupo y especialmente de varones). Puestos a hacer vida en la calle o a buscar lugares donde reunirse, la preferencia parece decantarse por espacios públicos, por lo general céntricos, con frecuencia plazas o parques, pero también calles principales, espacios que cumplen una serie de funciones: tienen suficiente sitio para que se reúna un grupo relativamente numeroso, que tenga ambiente (es decir, que se vea gente pasando) y, a ser posible, que sea accesible en transporte público.

Este hecho puede llevar asociada una cierta dosis de tensión por la apropiación por parte de los inmigrantes de un espacio. Unos rasgos físicos y unas vestimentas características pueden marcar y definir a los miembros de un grupo. Un grupo claramente identificable por estos aditamentos, situado sobre un espacio concreto, marca un territorio propio. Esto puede originar un sentimiento de pérdida de un espacio propio a los grupos que utilizaban ese espacio con anterioridad. Enzensberger (1992, p. 13) ilustra muy bien este efecto territorial en relación a los pasajeros de un tren que tienen que compartir vagón: a pesar de la breve temporalidad del viaje los que llegan primero se apropian rápidamente del espacio y se muestran hostiles a los que llegan más tarde y les obligan a recolocar alguna de sus pertenencias. Cuando el espacio en cuestión es un espacio público y central, espacios que con frecuencia llevan asociada una carga simbólica por parte de la comunidad, puede producirse una situación de tensión que no estalla inmediatamente, pero crea un ambiente propicio para hacerlo a la menor excusa.

Un caso paradigmático de rechazo ante un grupo diferente se pone de manifiesto en los bares. La clientela de los bares, y mucho más la de discotecas y pubs suele ser muy sensible al aspecto que presentan los usuarios, y busca por lo general ambientes similares al suyo. Los inmigrantes, cuando entran en grupo constituyen parte del ambiente del bar, un ambien-

te que la mayoría de los españoles no considera similar al suyo y en consecuencia deja de resultarle atractivo. Los bares que frecuentan inmigrantes pueden acabar siendo bares que sólo frecuentan inmigrantes y, dado que es más difícil sostenerlos sin la clientela española, los dueños procuran poner todo tipo de trabas (no dejarles entrar, no atenderles o cobrarles más caro) para que no entren.

Por otro lado, el hábito de estar en la calle unido a su fácil identificación por rasgos físicos y vestimentas los hace más presentes, más visibles. Este es un término difícil de introducir cuando se habla de inmigrantes a los que muchas veces se califica como invisibles. La invisibilidad proviene de que debido a su presencia en sectores de la economía que, en consecuencia, no aparecen en las estadísticas (es decir son invisibles sobre todo para el economista o el demógrafo que no los encuentra entre sus datos, aunque sabe que tienen que estar). No debe confundirse por tanto con que los inmigrantes estén escondidos u ocultos por su clandestinidad, sino que se ven en determinadas calles o plazas y ello afecta a la percepción que se tiene de su número. El ejemplo, más sencillo por contrastar usos de la calle muy diferentes, pero con efectivos similares, sería comparar la percepción del número de inmigrantes dominicanos con los inmigrantes de Asia Oriental⁴. Estos últimos son mucho más «discretos» en este aspecto y ello les hace pasar mucho más desapercibidos. Esta visibilidad tiene por tanto una repercusión relevante sobre la percepción de invasión que se tiene de la inmigración («es que se les ve por todas partes»). Mientras no se «vea» no se percibe como problema. Igualmente cuando se señala que los inmigrantes se aíslan o que no quieren integrarse como algo molesto, quizá lo realmente molesto es que mantengan su diferencia visible. Una vez más el caso de asiáticos, que puede ser el colectivo que más se aísla, preocupa menos porque se ve menos o directamente no se ve.

Finalmente señalar que, a una escala tan local como la de una calle, la minoría socialmente marginada a escala nacional o regional puede convertirse en mayoría a la que se presupone un cierto deseo de revancha, y eso produce miedo e inseguridad, lo que acentúa su visión «problemática» del asunto.

Con el razonamiento seguido en este epígrafe, nada más lejos que proponer que se evite la concentración de inmigrantes en determinados espacios. Pero se llama la atención sobre la importancia de la utilización de la calle y hace hincapié en la necesidad de los inmigrantes de tener espacios de reunión y relación social y en la conveniencia de que la población española se acostumbre a su presencia en las calles sin relacionarla con inseguridad o desagrado. Se puede avanzar bien facilitando la aparición de bares «étnicos», creando nuevos espacios para la relación o llenando de contenido los ya existentes, pero lo fundamental no obstante es aprender a ver estos hechos como cotidianos, que la gente se acostumbre a la presencia de inmigrantes y que no sienta que ese espacio ya no le pertenece. Una de las direcciones en las que hay que trabajar es en esa desmitificación del otro grupo y quitarle todos los calificativos que lo hagan ajeno y extraño.

4 El registro de residentes cifraba en 5.766 los dominicanos en la Comunidad de Madrid, los africanos subsaharianos en menos de 3.000, en 2.304 los chinos y en 4.278 los filipinos.

b) Sexismo y espacio

La sociedad musulmana es marcadamente sexista desde el momento en que asigna funciones muy diferenciadas al hombre y a la mujer. Tan clara diferencia de funciones tiene una traducción exacta en la utilización del espacio. Se podría decir que los espacios de hombre y mujer son casi disjuntos y sólo excepcionalmente tienen algún punto de intersección: si la mujer friega, el hombre no lo hace; si el hombre puede entrar en los bares, a la mujer no se le permite; si la mujer va por agua, el hombre no debe intentarlo; si las mujeres se agrupan en una sala, los hombres en otra. Este uso disjunto del espacio refuerza la separación existente entre hombres y mujeres que los convierte en casi desconocidos. Si hubiera que sintetizar se podría decir que al hombre le corresponden todas las tareas de responsabilidad y de poder y los espacios exteriores, mientras que a la mujer le son propias las tareas subalternas y los espacios interiores. Desde este punto de vista los trabajos del hogar son los característicos de la mujer. Los cambios que las nuevas incorporaciones tecnológicas han supuesto en el modo de vida musulmán, y sobre las que evidentemente no se manifiesta El Corán, han sido distribuidos siguiendo este esquema hasta en los aspectos más nimios. Todo lo que representa responsabilidad, poder o movilidad es asignado al hombre (PUMARES, 1996, p. 47).

El aspecto a destacar aquí es que nuevamente el uso del espacio pasa de ser un indicador de una realidad social (el sexismo marroquí) a convertirse en un factor: las limitaciones en el uso del espacio traen como consecuencia limitaciones en el modo de relacionarse con la sociedad española y esto se acentúa especialmente en lo referente a las mujeres. Las limitaciones en el uso del espacio de las mujeres, desde el momento en que lo son y en especial desde que contraen matrimonio, se multiplican: salir lo mínimo de la casa y en tal caso procurar ir acompañada de un hombre de la familia (imposible entrar en bares o salir con amigos), llevar el pañuelo en la cabeza⁵, no trabajar fuera de casa si es posible, y ni siquiera poder asistir a clases de castellano a una ONG. Todo ello precisamente con la intención expresa de reducir sus relaciones sociales fuera de la familia al mínimo. El motivo es ante todo mantener la honra familiar (que depende de la mujer) a salvo, libre de tentaciones, libre de malas influencias y libre de maledicencias.

Esto supone evidentemente un obstáculo, primero a que las mujeres lleguen a tener relación con hombres o mujeres españoles, pero en el caso de que éstas lleguen a producirse, cuando aún está soltera, resulta casi imposible prolongarlas más allá del matrimonio en el caso de que se trate de amigos varones y complicado en el caso de que sean también mujeres porque ya no tendrá libertad para salir y tendrán que desarrollarse en la casa y con el permiso del marido.

Trasladado este caso a las niñas de segunda generación que normalmente van a tener sus relaciones en la escuela con niñas y niños españoles, y que de repente puedan verse interrumpidas de cuajo a determinada edad puede ser objeto de conflictos internos a la familia

5 El llevar pañuelo es una declaración pública de ser una mujer cumplidora de los preceptos coránicos y tiene una dimensión práctica que es la de evitar «flirteos» agresivos, por llamarlo de algún modo, por parte de otros inmigrantes. Por ello, muchas mujeres manifiestan su deseo de utilizarlo, si bien en ocasiones no lo hacen porque perciben que no es bien recibido por los españoles. Es, por tanto, un signo que también delimita un espacio alrededor de la mujer.

graves y la obligación de decidir entre seguir la tradición o permitir que la niña mantenga su libertad de movimientos que pueden conducirla directamente hacia la asimilación. No obstante, hasta ahora parece ser que la mejor excusa de las niñas para no ser reducidas al espacio doméstico y a una rápida boda es la de estudiar, sacar buenas notas y seguir estudiando. Aunque no se le permita salir a fiestas o a discotecas, el instituto o la universidad suponen por un lado ámbitos de relación y al mismo tiempo la posibilidad de una independencia futura.

En los hombres con pocos estudios la falta de costumbre a compartir espacio (y conversaciones) con las mujeres les supone también un obstáculo a la hora de relacionarse con las mujeres españolas. En este aspecto las versiones parecen encontradas. Hay quienes insisten en que los africanos son mucho más respetuosos que los españoles y hay quienes consideran que son más toscos y más agresivos. Indudablemente la falta de conocimiento de las normas del cortejo en las ciudades españolas, y la interpretación que desde su cultura pueden hacer de aquéllas, puede hacer que los inmigrantes incurran en una u otra forma de acercamiento no habitual. Probablemente la variable decisiva es el nivel de estudios y el ámbito de procedencia: los muchachos urbanos con estudios medios no deberían tener problemas en este sentido. Por otro lado, no es menos cierto que la prevención existente entre las mujeres españolas contra las relaciones íntimas con africanos genera también un determinado tipo de interpretación de los intentos de éstos por entablar relación.

Igualmente el acceso al mundo laboral tiene marcados componentes sexistas. Progresivamente se ha ido cambiando y actualmente las jóvenes solteras acceden con normalidad al trabajo remunerado (en algunos sectores con ventaja debido a sus menores exigencias salariales), el cual les permite ayudar económicamente a la familia e ir preparando su ajuar para el día que se case. También lo hacen, aunque por razones diferentes las viudas o divorciadas que se ven en la necesidad de sacar adelante a sus hijos. Esto explica que estas jóvenes y estas madres sin cónyuge se hayan atrevido incluso a traspasar la frontera y hayan llegado a algunas ciudades españolas con su propio proyecto migratorio a la espalda. En las ciudades marroquíes se puede encontrar cada vez más mujeres ocupando empleos diversos, pero en las áreas rurales el único trabajo admitido socialmente para la mujer es el del servicio doméstico e indica una fuerte necesidad familiar.

Sin embargo, con el matrimonio el trabajo femenino la consideración cambia. La situación adecuada sería que el varón, a quien corresponde la responsabilidad de la manutención familiar, pudiera ganar lo suficiente de modo que la mujer pudiera dedicarse íntegramente a las labores del hogar. Partiendo de esta premisa el trabajo de la mujer casada tiene un mal punto de partida, ya que se debe a una necesidad familiar de ingresos adicionales a los del marido, que, en consecuencia, no está cumpliendo adecuadamente con sus responsabilidades. Esto supone indudablemente un obstáculo para que la mujer siga trabajando después de casada, aunque la inestabilidad de la situación laboral de los inmigrantes (especialmente varones) está influyendo en el sentido contrario. Otro constreñimiento añadido es que los trabajos que no se desarrollen dentro de una casa están mal vistos en una mujer casada, lo que también condiciona el abanico de oportunidades laborales.

Uno de los puntos de discusión a este respecto gira en torno a si el acceso de la mujer al trabajo cambia realmente el papel que ésta tiene asignado, puesto que a veces parece que la mentalidad sigue igual. Sin embargo, la diferencia es sustancial: tiene efectos sobre la mujer que es más independiente en caso de problemas matrimoniales y tiene efectos sobre la

imagen de los niños de una madre activa (a pesar de que la educación se mantenga totalmente sexista), pero sobre todo es importante por lo que le supone a la mujer de cara al conocimiento de la sociedad receptora (y es por ello que se ha comentado en este artículo).

Pongamos el caso de una mujer que llega a España por reagrupación familiar: está casada, probablemente con niños, desconoce el idioma y las costumbres españoles (aunque probablemente tendrá un estereotipo de que son malas, pues desde luego no se atienen a su religión). Si las circunstancias lo permiten y no accede a un trabajo remunerado, todo su mundo quedará confinado a las cuatro paredes de su casa, totalmente incomunicada de la sociedad que le rodea (sin oportunidad de aprender el idioma, puesto que ni siquiera está bien visto que vayan a las clases que ofrecen las ONGs), salvo cuando va a comprar (si es que es ella la que va), totalmente dependiente cada vez que sale (normalmente acompañada de sus hijos que rápidamente aprenderán el idioma) y extremadamente limitada en sus relaciones sociales (si tiene suerte) a otras familias marroquíes a las que visitar o que la visiten esporádicamente. Con estas bases se complica todo lo que sea relación con el exterior y no hay que olvidar que sus hijos van a ser un punto permanente de esa relación puesto que ellos sí van a estar en los dos mundos al mismo tiempo. La cuestión es qué instrumentos tiene ella para asimilarlo.

Frente a esto, una mujer que trabaja necesita conocer el idioma, al menos para entenderse mínimamente, tiene que tratar con personas españolas y acaba teniendo una serie de contactos cotidianos con la sociedad española, lo que le permite forjarse una idea algo más aproximada de cómo es ésta y de cómo manejarse en ella. Podrá seguir la marcha de su hijos en el colegio y podrá entender e interpretar mejor lo que ellos le cuenten.

Brevemente, la conclusión que se desprende de lo dicho es que el espacio es un elemento de importancia en las relaciones interétnicas y que juega un papel activo, hay que tomarlo por tanto en consideración al abordar estos temas y analizar cómo puede influir sobre la integración y si se puede hacer algo para convertirlo en un instrumento de contacto entre los inmigrantes y la sociedad que les rodea. Igualmente se hace necesario profundizar en los efectos que el uso del espacio que hacen los inmigrantes ejerce en el imaginario popular de los españoles. En este sentido hay que «cotidianizar» la cuestión de la inmigración y educar en el respeto a la persona independientemente de su procedencia. La interculturalidad, como toda relación social, es un problema más y es un enriquecimiento más, siempre, por supuesto, que estemos dispuestos a disfrutarlo.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD MÁRQUEZ, L.V. (1993): «Nuevas formas de inmigración: un análisis de las relaciones interétnicas», en *Política y Sociedad*, nº 12, pp. 45-59.
- CHECA, F. (1995): «Migración, riesgo y beneficios. Los inmigrantes africanos en la provincia de Almería», en *Demófilo*, nº 15, pp. 103-134.
- ENZENSBERGER, H.M. (1992): *La gran migración*, ed. Anagrama, Colección Argumentos.
- GIMÉNEZ, C. (1993): «El concepto de integración de los inmigrantes», boletín *Entre Culturas*, nº 7, pp. 11-13.
- GOZÁLVEZ PÉREZ, V. (dir.), (1995): *Inmigrantes marroquíes y senegaleses en la España mediterránea*, *Generalitat Valenciana*, Conselleria de Treball i Afers Socials, 440 p.

- HERBERT, D.T., THOMAS, C.J. (1981): *Urban Geography: a first approach*, ed John Wiley & Sons, Nueva York.
- KASARDA, J. (1989): «Urban industrial transition and the underclass», en el monográfico *The ghetto underclass* de los *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, nº 501, pp. 26-47.
- KEITH, Michael, (1988): «Racial Conflict and the «No-Go Areas» of London», en EYLES, J., and SMITH, D.M. (eds.): *Qualitative Methods in Human Geography*, Polity Press, Cambridge, pp. 39-48.
- KNOX, P. (1987): *Urban Social Geography: an introduction*, ed Longman, Londres, 2ª ed.
- LÓPEZ GARCÍA, B. (1996), (coord.): *Atlas de la inmigración magrebí en España*, Universidad Autónoma de Madrid y Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- MOULAY RACHID, A. (1994): «Droit familial et relations Maroc-Europe» en BASFAO ET TAARJI (Dirs.): *Annuaire de l'emigration Maroc*, Fondation Hassan II, Rabat, pp. 602-605.
- PUMARES, P. (1993): «Factores de la estructura ocupacional de los inmigrantes extranjeros: el caso de la Comunidad de Madrid», *IV Jornadas de la Población Española*, La Laguna.
- PUMARES, P. (1996): *La Integración de los Inmigrantes Marroquíes: Familias Marroquíes en la Comunidad de Madrid*, ed. Fundación La Caixa, Barcelona, 238 p.
- PUMARES, P., BARROSO, A. (1993): *El Grupo de Discusión aplicado al Análisis de las Actitudes de los Españoles hacia la Inmigración (II): Análisis de los Grupos*, Documento de Trabajo, nº 15, Departamento de Estudios Urbanos y Territoriales, C.S.I.C., 57 p.
- PUMARES, P., GIMÉNEZ, C., (1992): «Pautas de Localización de los Extranjeros en Madrid», en el *Atlas Social de Madrid*, editado por el Consorcio Madrid Cultural del 92.
- WACQUANT, L.J.D., WILSON, W.J. (1989): «The cost of racial and class exclusion in the inner city» en el monográfico *The ghetto underclass* de los *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, nº 501, pp. 8-25.